

Crónica Literaria

27 - X - 63

"EL TROMPO", novela, por
Bernardo Subercaseaux.

Omitamos la biografía del autor, dejemos sus detalles personales; si tiene tantos y cuantos años de edad, si estuvo o no en las islas felicitadas y hasta qué punto entra la fantasía en su relato. Des, pues de todo, eso resulta secundario para el lector posible, detenido ante el escaparate de la librería, que se pregunta si valdrá o no valdrá la pena comprarlo, si no irá a perder, comprándolo, su tiempo y su dinero. Los libros cuestan plaza, los negocios son los negocios, y a nadie le gusta pagar para aburrirse.

Con el fin de ayudar a los vacilantes queremos proporcionarles datos y darles nuestra impresión.

No haremos, según costumbre, la promesa de "ser muy objetivos": nadie es objetivo sino cuando algo no le importa y la imparcialidad se parece a la indiferencia.

Y el caso es que "El Trompo" se hace leer, atrae, divierte; uno lo va leyendo con gusto.

Se trata de unos viajeros que naufragan cerca de Tahití. Como se salvan en un bote, al parecer, pequeño. Allí están por espacio de cuarenta días, escasos de agua, mal proveído de comida y, problema de los problemas, sin servicios higiénicos. Esto constituye el sustento y es la descripción de los naufragos, como de autor; también, hasta cierto punto, de los lectores. Pueden calcularse los cuadros que semejante ausencia original y los aparos en que se ven las víctimas, particularmente una mujer, impide por el pudor y sus hábitos religiosos. Ella nos dice la edad del autor cuando lo llama:

—Moroso atrevido,

Es uno de los pocos flujos cuyo carácter se recuerda entre los onchos. El novelista no posee el don de retratar a sus personajes de impresionistas; el pequeño signo que permite reconocerlos. Algo, un no se qué les falta a sus tipos. O les sobra. Es difícil distinguirlos y no caben raíz en la memoria.

Fuera de la novela, sólo una se graba: el del sexo del café descontentado. Va uno a bordo y el autor aprovecha para maltratarlo, escarnecerlo y darle su merecido. Por fin, lo entrega a los tiburones. El hombre del café descontentado se ahoga en el mar. Sin embargo, el autor mismo no descansa un exceso de café: no sus requerimientos a la novela son notablemente fríos, sobrios. Su actitud, más que de atrevido, es de moroso.

Igual después en la isla de la salvación. Allí las costumbres lo permiten y hasta lo exigen todo. Una de las actividades lo llama; pero tras una experiencia que ella misma confiesa, entre danzas a la luz de la luna, bajo las nubes, el autor se la ceden, román-

ta ni alaba; es una de sus originalidades más notorias.

Las páginas del naufragio en el bote transcurren en una atmósfera a medias realista, a medias fantástica, con sueños y conversaciones que hacen olvidar el peligro y hasta la situación, a estas humorísticamente inventada.

En esto, en la invención de los detalles cotidianos, corre una vena de talento más fría y espontánea que en el tejido de la intriga. Se ve a los tipos, se les oye, se notan sus gestos, sus ademanes, sus movimientos. No así en el argumento, azar rudimentario y nada convincente. Más que ante un escritor, estamos ante un descriptivo, un pintor de costumbres, escenas y paisajes: en la débil trama supuesta, el libro de viaje desaparece.

Ello cobra relieve en la isla primitiva a que arriba y donde, por fin, los accidentados pasajeros del bote desembarcan.

Entonces, tímido, embriagado, epiléptico, fugaz, pero inabundante, surge un poeta y se acentúan las líneas del humorista: integrado, malicioso, caprichoso, simpático.

Simplezas destellantes.

En general, el autor carece de simpatía; su actitud es seca y se presenta como a la defensiva, siempre está un poco erizado, desconfiado, sin raras juveniles de ternura o abandono. No se hace amigo y diríase que no le interesa la amistad del lector. Tampoco se pavonea ni hace alarde alguno; pero aunque libre de jactancias, tampoco peca de modestia. Es un carácter poco fácil, bastante herético.

Leemos. No hay como la impresión directa.

Pág. 162: "La muerte de Juan, más que pena, me había producido una enorme impresión, porque la verdad, yo no la quería mucho. El cuerpo fue lo que se inflaba, como jagueles de niños mongólicos. El grito, y el grito, grito de las glándulas, todo había sido una pesadumbre. El gusto que sentí en la boca, cuando la tuve sujeta de los pies, no lo olvidaré nunca, y si alguna vez tengo mal aliento, la culpa no será mía. Gelatinoso, blanco".

Hay, como se ve, algunos ecos sueltos en esta prosa: es una de sus características y no la menos importante y extraña: cierta incoherencia, cierta ligazón, nunca se sabe si voluntaria o involuntaria, que, a veces, recuerda a Violeta Quervo, a veces, a Vicente Huidobro.

Sigamos: pronto advertiremos algo que es muy propio de la juventud: la crueldad, "cette age sans pitié".

Pág. 162: "Me acuerdo una vez cuando yo estaba muy niño, había visto un espectáculo sucedido en el balneario a que

dió, todo el mundo corría hacia el final de la playa donde había sucedido la tragedia. Según decían los grandes, le había dado un ataque al corazón mientras se bañaba. Cuando la ola la batió a la arena, estaba completamente bichada. A mí no me causó gran impresión; eso sí, no podía dejar de reírme, porque el traje de baño tenía un gran hueco en la parte trasera. Mis amigos, niños al fondo, también lo habían tomado así. Cuando corrieron a avisarme, no hablé de una mujer ahogada, no; dije: "Vamos, corre qué hay una gorda con el traje de baño roto".

Fuera de la crueldad, en este relato, bien hecho, bien visto, puedes notar las guerdades de la forma: el "más bien" gorda, una perla; el "eso sí" "no podía dejar de reírme" otra perla; el "al fondo..." etc., son balbuceos de un estilo inexperto que casi ayudan, con su vicio, al efecto de ingenuidad. Lo mismo en la narración de las aventuras y del naufragio: es el modo de escribir de los primeros cronistas, exploradores, aventureros. Estrados y subidos, llenos de color, que tenían cosas que contar y las contaban, con un arte sin arte.

Cuando el joven Subercaseaux quiere meditar sobre sí mismo, bordea el caso.

Pág. 163: "Me acordé del pobre Pierre Francés. Antes de morir me había hablado algo de su vida; ahora buscaba en las profundidades del océano a su querido Principi. Había sido cruel con él al pensar que iba a las hielos de los infantes. ¿Dónde estará ahora? ¡Qué poco sabíamos de la muerte! Había sido cruel también al pensar que los del sexo del café descontentado pertenecían a una casta nefasta. Pero, ¿qué era lo que pasaba por mi alma, qué era lo que me llevaba a pensar a todos? Ni yo mismo lo sabía. Como respuesta sólo podía decir que hace tiempo en una población calampa había encontrado una piedra roja; me había sentido feliz; esa día me di cuenta que mi vocación era la búsqueda. Pero, y la búsqueda, ¿qué era eso? ¿De dónde me había resultado una profesión tan extraña? Y en último término, ¿la búsqueda de qué? No, mi humanidad estaba en pedales. No quiero desesperarme, desisto. Estaba arrepentido de muchas cosas".

Según Beaumarchais, la tragedia de buscar la verdad consiste en que uno cae en el pozo que se contiene.

(Fundado, joven).

No hay que descifrar la incógnita, no hay que perder la angustia ni el impulso de seguir buscando, son después de haber hallado...

Lo prueba el abandono de la isla bienaventurada que hizo el naufragio. ¿Por qué? Nada se hacía allí. El clima permitía ahogar al aire libre o en charcos que cualquiera construía, sin costo, por placer, con simples ramas de árboles. Tampoco ex-

"El trompo" [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1963

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"El trompo" [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile